

JOSÉ LUIS MORA GARCÍA
Universidad Autónoma de Madrid
Presidente de la Asociación de Hispanismo Filosófico

LA CIUDAD AUSENTE COMO UTOPIA DE LA CIUDAD
EN EL PENSAMIENTO DE MARÍA ZAMBRANO

*Segovia en su recuerdo**

* Este texto fue leído en el encuentro que con el título Journées d'Etudes organisées en el Institut Cervantes et Maison de la Recherche de la Universidad de Toulouse-Le Mirail tuvo lugar los días 2 y 3 de diciembre de 2010, coordinado por los profesores Solange Hibbs-Lissorgues y Jacques Ballesté.

Resumen: Reflexión sobre el tema de la ciudad tomando como base, principalmente, dos textos escritos sobre la ciudad de Segovia: Julián María Otero, *Itinerario sentimental* y María Zambrano, *Un lugar de la palabra: Segovia*. La ciudad castellana presenta en ambas recreaciones su simbolismo como expresión de la dualidad humana y de su necesaria superación hasta alcanzar la unidad que proporciona el recuerdo.

Palabras clave: Ciudad, Segovia, Utopía, Julián María Otero, María Zambrano

Abstract: Thinking the town on two writings about Segovia by Julián María Otero, *Itinerario Sentimental* y María Zambrano, *Un lugar de la palabra: Segovia*. The Castillian town was to both writers a symbol about human duality to improve an unity provided by memory

Key words: Town, Segovia, Utopia, Julián María Otero, María Zambrano

Recibido el 23 de mayo de 2011

Aceptado el 7 de julio de 2011

Reservamos la utilización del término “viaje” para un desplazamiento a un punto alejado de nuestro lugar de origen. No parecería, pues, apropiado si lo utilizamos para explicar lo que sería un paseo por la propia ciudad o, a lo sumo, un “tener que ir” al lugar de trabajo o de ocio. En definitiva, no hablamos de ir a otro espacio distinto del propio para satisfacer un interés de tipo utilitario. En este caso hablaríamos de un desplazamiento necesario, guiados por el plano del sistema de transporte o el callejero elaborado por los servicios técnicos de nuestro ayuntamiento. Un movimiento de esta naturaleza sirve para conseguir conocimiento aunque, si bien se piensa, este debería ser previo para conseguir alcanzar nuestro destino como lugar determinado. Hablaríamos, en este caso, de una ciudad definida en términos morfológico-estructurales, hija de una ciencia de lo urbano que inserta la estética en el marco de un saber vinculado, pues, al urbanismo, al saber sociológico, a la arquitectura y a la técnica que sostienen todos los sistemas necesarios para que una colectividad sobreviva en esas condiciones. En este sentido, los expertos en la ciudad como alternativa, que no simplemente como continuidad de la vieja aldea, nos remiten a explicaciones técnicas o, como mucho, al logos filosófico que devino organización política una vez que la ciudad, la *polis*, exigió que naciera el saber filosófico para que legitimara su propio orden.

Para poder hablar de un viaje por la ciudad y que este se convierta en conocimiento y hasta en utopía, proyecto de vida que no solo tenga que ver con el orden político -inevitable después de todo- hemos de crear, tenemos que señalar que no nos están dados previamente, otros tipos de orden. Estos han de surgir vinculados al sentido que las acciones individuales y colectivas han ido dejando como poso en la historia. Y para sintonizar con ellos necesitamos trasponer la ciudad bajo la mirada engendradora de otro orden, el simbólico, que genera una relación de verticalidad con los objetos materiales, con las piedras de casas y monumentos religiosos y civiles, con los espacios de las plazas y plazoletas, y con las veredas, las cuestas que hacia arriba y hacia abajo nos desplazan hacia lo alto, donde se colocan las ofrendas o, hacia

abajo, donde las entrañas de la ciudad purifican los detritus de la vida cotidiana.

En verdad, pues, debemos pedir la advocación de los poetas para hablar con propiedad de un viaje por la ciudad, pues necesitamos verla con otros ojos, ver lo que ojos mortales solo ven -no tenemos otros- si son educados para establecer relaciones, concomitancias y asociaciones que crucen el tiempo con la velocidad del rayo y traspongan los planos material e inmaterial que fijan la eficacia de la acción humana -el primero- y el sentido ético y hasta religioso -el segundo- y conseguir así ser elevados o descendidos hasta realidades antes impensadas.

Dos libros han aparecido recientemente que nos ayudan a realizar el adiestramiento necesario para leer textos en esta clave y admirar espacios como solo los poetas saben hacerlo. Me refiero, en primer lugar, al libro coordinado por Eugenia Popeanga y editado por Edmundo Garrido y Diego Muñoz, *Ciudad en obras. Metáforas de lo urbano en la literatura y en las artes*¹, que reúne un buen número de ensayos de carácter teórico que abarcan distintas miradas sobre lugares y no-lugares de la ciudad, desde el mercado al hotel y desde los espacios públicos a los privados como productores de metáforas y nuevas interpretaciones; y, en segundo lugar, lo hago con el coordinado por Eduardo Becerra bajo el título de *Ciudades posibles. Arte y ficción en la constitución del espacio urbano*², trece relatos que muestran a lectores urbanos que es posible restablecer la unidad a que aspira siempre la ciudad, entresacándola de las multiplicidades de lo real y, al tiempo, pensando “la unidad bajo la forma de lo múltiple y lo heterogéneo”³ como hace Rafael Link; o, como nos muestra el mexicano Mauricio Montiel, apoyado en la mirada de Italo Calvino, recordando que las ciudades, todas, están asociadas con algo diferente de ellas

1 Bern, Peter Lang, 2010.

2 451 Editores, Madrid, 2010

3 *Ib.* Daniel LINK, “De los universales abstractos a los particulares concretos”, pp. 105-106.

mismas: el cambio, el cielo, el deseo, la memoria, los muertos, el nombre, los ojos, los signos, etc.⁴

Mas si estos relatos tratan de probar que habrá tantas ciudades como formas previas existen y que, por tanto, seguirán naciendo ciudades mientras haya formas sin cubrir, recuerdo haber leído otros relatos en los cuales se prueba que esas ciudades ya existen. Que en verdad son posibles porque han sido ya creadas pero que esto solo es visible para quien ya no habita la ciudad, para quien habiendo vivido en ella se ha visto obligado a abandonarla de tal manera que solo el recuerdo queda, pues de una “ciudad ausente” hablamos. Esta ciudad reúne en sí todas esas formas mencionadas por Italo Calvino, incluidas las de su continuidad, visibilidad y levedad.

No es casual que haya sido un italiano quien haya inspirado a otros a hacer no solo una morfología sino una simbología de la ciudad pues seguramente las viejas ciudades romanas -más que Roma misma- responderían al pasaje escrito por Luis Vives quien en “El templo de las leyes” escribió lo siguiente hacia 1519, en su etapa intermedia, atento a los acontecimientos sociales y políticos:

Decían que no había otro lugar más grato y más agradable a Dios que aquella maravilla. Llamábanlo ciudad, en él se celebraban los concejos y reuniones de los ahombres agrupados bajo unas leyes; allí vivía la justicia y la paz, la humanidad, la lealtad, la hospitalidad y otras virtudes que tienen los hombres para convivir con sus congéneres. En medio de esta ciudad, bien cercado y protegido por la naturaleza, se levantaba un alcázar de bellissimo aspecto, desde donde se podía defender toda la urbe.⁵

Ahí, en lo alto, se situaba el templo de las leyes rigiendo aquella ciudad que constituía el marco de aplicación de la ley misma

⁴ *Ib.*, Mauricio MONTIEL, “Las nuevas ciudades invisibles”, p. 185.

⁵ VIVES, J.L. (1988), “El templo de las leyes de Juan Luis Vives valenciano, dedicado al mismo Martín Ponce juriconsulto” en *Diálogos y otros escritos*, Planeta, Barcelona, 1988. El texto original es de 1519.

pues “es indicio de mayor prudencia el pesar y mesurar todo en función del lugar, el momento, las personas y las mismas cosas; y esto no una sola vez, como hicieron los que crearon leyes, sino cada día, al buscar nuevas leyes y aplicarlas con admirable equidad”, remitiéndonos a Aristóteles para quien el “gobierno de la ciudad viene de la excelencia del hombre que manda y no de la excelencia de la ley”. Mas lo que quizá no dijo Aristóteles era que la excelencia del gobernante dependía, a su vez, de la excelencia de la ciudad o, dicho de otra manera, de su propia configuración según quedó señalado por la aspiración a la excelencia.

Si ha habido dos personas en el siglo XIX español atentas al Renacimiento fueron el novelista Pérez Galdós -discípulo de Alfredo Adolfo Camus- y el historiador Menéndez Pelayo y en ambos se apoyó la filósofa con alma de poeta que se llamó en este mundo María Zambrano para, primero, revisar la historia y sus dualidades y cómo superarlas; y, después, construir la universalidad, no solo renunciando a lo concreto sino, precisamente, desde lo concreto. En ambos proyectos era inevitable que hubiera de encontrarse con la ciudad. En verdad, con las ciudades, pues vivió en casi una decena de ellas. Y sobre cada una de ellas fue reflexionando desde la lejanía. Solo así, verdaderamente, es posible viajar a ellas y por dentro de ellas, como decíamos al principio. Solo así, en definitiva, es posible trazar un camino hacia el conocimiento que supere la visita del turista, la del urbanista o la del simple viajero. No es casual que fuera a París, a Roma, a Madrid... y, sobre todo, a Segovia, ciudades todas y cada una a las que dedicara textos imprescindibles.

Pues no es posible rehacer la ciudad sin recoger “las entrañas que quedan bajo el vivir histórico de la vida cotidiana y aún de la historia misma”⁶, como dejó dicho a propósito de Galdós y su enorme obra de los *Episodios* pero, no menos, de novelas como *Misericordia* que no se entenderían sin conocer Madrid como lugar a cuya entraña pertenecían, por igual el hambre y la esperanza.

6 ZAMBRANO, M. (*Delirio y Destino*, Mondadori, Madrid, 1989, p. 66).

Mas, tampoco, podemos acceder a una ciudad como tal si antes no hemos recuperado a los heterodoxos y a los herejes, pues en ellos radica “la recóndita pasión de comprender” como, a pesar de los pesares, con tan honda simpatía -pudiera parecer que hay que leer fino para entender así la *Historia de los heterodoxos* pero, seguramente, para el “historiador católico”, como llama a Menéndez Pelayo, fuera así- se habría acercado al escritor cántabro.

Ante la estatua de Giordano Bruno en el campo del Fiore, en Roma⁷, reflexiona sobre un elemento imprescindible para una ciudad moderna: que los diferentes son también ciudad; que, propiamente hablando, sin ellos no hay ciudad. “Seguramente sí -se decía María Zambrano- es la misma necesidad de ver arder al heterodoxo -no al enemigo, al heterodoxo-, al diferente, al distinto, al que se ha atrevido a ser él, a pensar y a sentir.”⁸ Algo más añadía Zambrano: “En el caso de Bruno, además, se trataba de un escritor que se expresaba, al escribir en italiano, con el lenguaje más bello y áspero de la verdad.”

¿No sería acaso esta pertenencia a la heterodoxia, que ella reconocía en su padre y en ella misma, condición necesaria para ser universal? ¿No serían la ausencia y el desarraigo condiciones necesarias para acceder a la utopía de una ciudad cobijo de la humanidad? ¿No sería el recuerdo lejano, el recuerdo más o menos lejano que sucede al olvido, la prenda que debe dejarse para acceder a ese ámbito apenas terrenal, apenas histórico de esa propia entraña que la historia va precipitando en el fondo y proyectando hacia lo alto?

Así parece percibirlo en los artículos escritos sobre su padre a quien reconoce como tal, como heterodoxo, aunque no lo fuera totalmente por cuanto nunca dejó de hacer ciudad con la palabra pues esa fue en él -nos recuerda su propia hija- una responsabilidad ineludible, la vocación de “reedificar o enderezar la *Ciudad*”.

⁷ ZAMBRANO, M., “Roma, ciudad abierta y secreta” en GÓMEZ BLESA, M., *Las palabras del regreso*, Cátedra, Madrid, 2009, p. 163.

⁸ *Ib.*

Y así se refiere a Segovia, “lugar de Castilla, tierra prometida, la más propicia para la renovación de España, moral y política”.⁹ Y así se percibió a sí misma pues son varios los pasajes en que se reconoce como heterodoxa o resistente. “Y Ud. -le decía a Lezama Lima en 1939- no sabe todo lo que me trae, pero allá cada cual con su destino o con su empleo¹⁰.”

En definitiva, ¿es esa la condición para que pueda establecerse una cadena que si comienza en Segovia encuentra su final en Europa, pasando por Castilla y España? Pues así parece sostenerlo y esa es la secuencia que establece. Justamente esa y no la inversa pues la palabra “dada y hablada” se da “aquí y ahora” y se da a “hombres concretos” en su propia situación. Así lo dice explícitamente, escribiendo de nuevo desde La Habana, a propósito de París¹¹: “una ciudad es el signo máximo de la cultura. Y no hay gran cultura que no esté simbolizada y dirigida por una gran ciudad”; para añadir, un poco más adelante: “una ciudad es un poder unificador porque es, ante todo, una unidad viviente que irradia en torno y aún a distancia: es algo particular que se ha hecho universal” o, dicho más radicalmente, “ninguna ciudad ha existido sin aspirar, como una persona, a la inmortalidad”. Es entonces cuando es posible percibir su unidad, “persistente en la historia y engendrada por ella”; es, entonces, cuando se está capacitado para entender su vocación creada por tantos hombres que practicando determinadas virtudes han conseguido que se la identifique con la virtud. Y eso es ser más que la capital de Francia, subraya Zambrano, hasta serlo de una Cultura, dicho así con mayúscula en su propio texto.

¿Y cómo es posible descubrir esa dimensión de la ciudad, de cada ciudad en la que vivimos? No es fácil, ya que no todos quie-

9 ZAMBRANO, M., “Blas J. Zambrano y Segovia”, *El Adelantado de Segovia (Suplemento Jueves)*, 25.9, 1986

10 ZAMBRANO, M., “Carta de 27 de octubre de 1939”, *Correspondencia. José Lezama Lima-María Zambrano*. Ed. de Javier Fornieles, Ediciones Espuela de Plata, Sevilla, 2006, pp. 90-91

11 ZAMBRANO, M., “Una ciudad: París”, *Aurora*, 2, 1999, pp. 129-132. Publicado inicialmente en la revista *Lyceum*, 1951, 27, La Habana.

nes viajan y no viven habitualmente en la ciudad tienen esa capacidad. En verdad, se precisa estar en posesión de la capacidad de creación, por decir mejor, de recreación. Como escribió María Victoria Sotomayor en su libro *Palabras para una ciudad. La Segovia que vivió María Zambrano*¹², hablamos de una “evocación que se hace desde la reflexión y el sentimiento, ambos unidos en perfecta armonía”¹³, de aquel espacio vivido previamente que renace de nuevo, cobra nueva vida a través de la palabra. Pero no de cualquier palabra sino de la que se nutre de la experiencia radical de vivir en ella con el compromiso de hacerla y el sufrimiento de padecerla, pues solo ese sentimiento es capaz de purificar los pecados del poder que se ejercen en su espacio.

Solo así es posible realizar un camino interior por la ciudad y que ese camino constituya un verdadero conocimiento. En verdad no es otra cosa que un viaje al interior de quien se atreve a escribir, que sabe debe hacerlo de tal manera que su escritura no sea solipsista sino comunicativa y hasta objetiva, y que se sabe escribiendo para hacerla partícipe de sus futuros lectores. Así lo supo reconocer Mariano Quintanilla, su viejo amigo segoviano, profesor del Instituto en que ella estudiara, buen lector por lo que se puede comprobar, cuando en carta de 13 de junio de 1964 y tras haber leído “Un lugar de la palabra: Segovia” le dice: “tu ensayo me parece lo mejor que se ha hecho, pues está realizado sobre recuerdos vividos y no es producto de una fugaz impresión, como los escritos de tantos viajeros. No es una descripción superficial sobre los monumentos, ni con consideraciones triviales sobre la grandeza y la decadencia de Castilla, es una interpretación aguda de su ser, de poesía, de la que brota de la nostalgia y embellece los recuerdos. Lo he leído con delectación y volveré varias veces a releerlo, pues tiene mucho que meditar y gustar.”¹⁴ He ahí la clave del conocimiento.

12 SOTOMAYOR SÁEZ, M.V. (2005): *Palabras para una ciudad. La Segovia que vivió María Zambrano*, Caja de Ahorros de Segovia, Segovia.

13 *Ib.*, p. 92.

14 QUINTANILLA, M., Carta del 13 de junio de 1964. MORA GARCÍA, J.L., (2010): “Correspondencia entre María Zambrano y María Quintanilla”, *Revista de Hispanismo Filosófico*, 15, p. 2013.

¿Cómo se había iniciado María Zambrano en esta suerte de interpretación de la ciudad nada fácil que culmina con ese fantástico ensayo “Un lugar de la palabra: Segovia” que entusiasmara a Cela pues en *Papeles de Son Armadans*, en mayo de 1964 donde vio la luz por vez primera, para ser traducido al italiano poco después en el libro de título bien preciso: *Spagna, pensiero, poesia e una città* que terminó siendo en castellano, *España, sueño y verdad*¹⁵, título que más bien parecía culminar una reflexión de largo tiempo sobre este tema que ser una meditación inicial y menos espontánea. En verdad, el camino intelectual se había iniciado mucho tiempo antes, en 1915, cuando un amigo de la familia, funcionario pero poeta ante todo, presentó en Segovia un pequeño trabajo titulado *Segovia-Itinerario sentimental* como figura en la portada, si bien en el interior consta como *Itinerario sentimental de la ciudad de Segovia o sea un paseo por su calles en una noche de luna. Ofrecido a los viajeros que la visiten para mostrarles una muy señalada ruta sobre este antiguo solar*¹⁶. Años después, en 1928, este mismo funcionario y poeta fundó una revista a la que tituló *Manantial* y que puede ser inscrita en la estética de la vanguardia. En su primera etapa apenas llegó a siete números bellamente editados en poco menos de dos años pero dejó una impronta imborrable por la calidad de sus textos y la belleza de sus ilustraciones. María Zambrano acababa de cumplir 23 ó 24 años y con su familia vivía ya en Madrid desde hacía menos de un año. Escribe entonces “Ciudad ausente” que se publica en el III cuadernillo de junio de 1928, la que sería su primera reflexión sobre la ciudad, contrapunto al texto que había visto la luz el mes abril de ese mismo año, escrito por el propio Julián María Otero, “Clisé de la Ciudad desahuciada”, habitante de la propia ciudad que escribe desde dentro de la misma.

Esta doble escritura, concebida una en la ausencia que se alimenta del recuerdo reciente de María Zambrano que reconstruye

15 Cito por la edición de Siruela, Madrid, 1965, pp. 163-182.

16 Reedición facsimilar precedida de una introducción (sin firma), Caja de Ahorros de Segovia, 1992

la unidad a la que su padre y otros, con Machado como figura señera, aspiraron; y, la otra, en el caso de Otero, expresión vivida de la presencia dolorida de quien soporta la mediocridad cotidiana aspirando él mismo a esa misma unidad, forman una perfecta alegoría de la dualidad humana, de la asintonía sobre la que estamos contruidos, entre los deseos que aspiran al ideal y la vida de calles, plazuelas y mercados, y las pequeñas miserias que rigen las relaciones en torno a la mesa del café. Este texto es un anticipo del contraste, mucho más severo, que se aprecia cuando se leen, también juntos, el *Itinerario* de Julián María Otero, ya mencionado, y el texto que escriba Zambrano en 1964 como reflexión de fondo que va reasumiendo esos artículos que fue redactando sobre otras ciudades, ya mencionadas aquí, a las que fue rodeando como en la toma de Jericó pero tratándose ahora del misterio mismo de la existencia humana hasta creer tenerlo abarcado.

No fue casual, ya lo dijimos antes, que fuera Segovia, la ciudad más alejada en el tiempo de todas aquellas en que vivió -excepto su natal Vélez-Málaga-, la elegida para el asalto final a la comprensión de ese misterio. Según me han comentado, a su regreso a España volvió a pedir aquel poético *Itinerario* del que, sabemos por carta dirigida al propio Quintanilla (30 de octubre de 1963), que ella lo “había admirado mucho de niña, o de casi niña”¹⁷. Sin embargo, sabemos, también, en este caso por una carta dirigida a Pablo de Andrés Cobos de 5 de febrero de 1964 -cuando estaba a punto de publicar “Un lugar de la palabra: Segovia”- que el libro de Julián María Otero “hoy quizás no me gustaría nada, pero entonces me impresionó mucho; era yo niña”¹⁸. Descubrir las claves de esta confesión tiene gran importancia para desentrañar el pensamiento de María Zambrano porque afecta al núcleo del mismo: a su posicionamiento respecto de la realidad y del sentido de la misma, dicho de otra manera, que sabríamos con más

17 V. nota 14, o. c., p. 211.

18 ANDRÉS CASTELLANOS, S. y MORA GARCÍA, J.L. (eds.) (2011): *De ley y de corazón. María Zambrano Alarcón-Pablo de Andrés Cobos. Cartas (1957-1976)*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, p. 103.

precisión lo que Zambrano quiso decir cuando asoció la razón con la poesía, es decir, cuando describió la cortina del misterio que puede entrañar una expresión como la de “razón poética”.

Si bien el proceso había comenzado pronto, allá por 1928, en el artículo de *Manantial*, escrito por Julián María Otero, como antes dijimos, este no terminó hasta el regreso de María Zambrano a España, hasta que estuvo de nuevo en Madrid, ciudad en la que había vivido de niña y luego de joven estudiante, comprometida con la causa republicana. Entre tanto, Segovia y Madrid, como hemos señalado, pero también La Habana, Valencia, Barcelona, París, Morelia, La Habana de nuevo; de nuevo, también París, de regreso a La Habana; finalmente Roma, La Piéce, Ginebra... y Madrid hasta descansar en Vélez-Málaga, ciudad del nacimiento. Ciudades que fueron adquiriendo la cualidad de ausentes, una por una desde aquella ya primera Segovia ausente: “Por eso tu verdad, ciudad, está en la ausencia de esta mañana -raso de aire- en que los ojos sin verte te sueñan. Y el aire fino de la sierra, hermano de tu limpia arquitectura, me ayuda a comprender tu arisca desnudez en la áspera alegría de esta hora transparente.” (...) “Y eres en el esquema, tú siempre, la misma, la única: tu esencia no estaba en la imagen, era medida, ritmo de sonidos que no suenan, “música callada”. Y el tiempo se ha detenido al borde de sí mismo y te ha mirado sin destruirte, y pasa ligero; tú has quedado desnuda y de pié, alegre y necesaria” (...) Ahora sólo eres mía y eres ciudad, no caos de edificios y sensaciones; en la ausencia estás ante mí más que nunca, en presencia ideal, llena de gracia en mi intelecto”¹⁹.

Esta misma ciudad, para el paseante habitual que ha de poner la sonrisa hipócrita, tiene color gris. Es la otra mirada, la de quien tiene la ciudad como un presente que le aplasta hasta dejarle sin respiración: “ESTO está muerto”, afirma con rotundidad Julián María Otero.. Y, aún no contento con esto, exclama un poco más adelante: “*Esto está muerto... completamente muerto... para que*

¹⁹ ZAMBRANO, M., “Ciudad ausente”, *Manantial*, IV y V, julio-agosto de 1928, p. 16

no quede duda alguna de la pesimista reflexión en su “Clisé de la ciudad desahuciada”. La vida de este poeta de provincia se extinguió en 1930. No sabemos, pues, qué hubiera dado de sí ese ir y venir en torno a la Plaza Mayor como en la “Señorita de Trevelez”, la obra que inspiró la película “Calle Mayor” de Bardem. Desesperación y rutina de la ciudad dormida, como le podría haber sucedido a la Vetusta de *La Regenta*, sin proyección, sin historia, como dice Otero, con un fin que se augura tan próximo como inevitable.

¿Quiere decirnos que únicamente podrá tener vida y futuro una ciudad transponiéndola a un plano ideal? ¿O tal vez incluyéndola como utopía? ¿Pero, dónde puede nacer esa esperanza de nueva vida? Como señalan Solange Hibbs y Jacques Ballesté en la “Presentación” de *Le temps des possible*²⁰, la utopía a partir del XIX remite a la esperanza por lograr una sociedad mejor en un porvenir más o menos cercano. No hay, pues, lugar ya para una llamada a la nostalgia sino a la esperanza. En esta línea se debe interpretar el texto zambrano. En él comprendemos que esa esperanza vence al pesimismo de su admirado, entonces, Julián María Otero, justamente porque solamente si miramos la ciudad desde la distancia justa podremos contemplar su orden interno y, por consiguiente “ideal”. Solamente este orden puede ser expresión de una razón histórica que ha ido posándose en piedras y calles para mantenerla alejada del caos miserable del presente que ciega los ideales y produce una modorra que llegaría a clausurar su proyección universal impidiendo que se incorporen los disidentes y hasta los forasteros. Como dirá en su “Roma, abierta y secreta”²¹, no hay ciudad sin amor porque solo el amor es la tierra fecunda del pensamiento. Y, a su vez, sin pensamiento, no hay ciudad. Y no hay pensamiento sin disidencia, deberíamos añadir.

Julián María Otero había escrito un librito de unas 70 páginas que Zambrano llamó, citando ella de memoria pues con seguri-

20 BALLESTÉ, J. Et HIBBS, S. (2009): *Le temps possibles (Regards sur l'utopie en Espagne au XIX siècle)*, Lansman Editeur/12 revue *Hispania*, , pp. 5-9.

21 V. nota 7, o .c., pp. 159-165

dad carecería del original, “Guía sentimental”²², y que en verdad se titulaba “Itinerario sentimental”, cuya primera lectura sobrecoge, realmente impresiona como reconocía la propia Zambrano. Ciertamente, el autor se presenta a sus viajeros huéspedes como guía para “levantar castillos de quimera sobre cimientos de recuerdos, y en unas breves horas de una sola noche soñar toda la historia y vivir muchos ensueños” según reza a modo de presentación. Es un recorrido por Segovia a la luz de la luna con ilustraciones bellísimas de Manuel Martí Alonso en color azulado y bellamente editado por Carlos Martín. Precisamente este nombre ha traspasado con estos textos la pequeña frontera de su igualmente pequeña ciudad porque tuvo la entereza y la intuición de editar a aquellos los intelectuales de la Segovia machadiana. Al compartir con ellos sus sueños de universalidad e inmortalidad hizo posible que aquellas meditaciones no se perdieran y su nombre sobreviviera a la mezquindad.

Quienes conocen la ciudad saben que está amurallada y rodeada por dos ríos que cumplen funciones contrapuestas. En verdad, Segovia podría ser, al menos, dos ciudades, según se mire al este o al oeste. Julián María Otero buscó la más oscura, proyectada por la luz fría y blanquecina de la luna y recorrió, desde la estación del ferrocarril, la zona oeste de la ciudad, quizá por ser esta la zona por la que se pone el sol, la que albergaba, “La calle de la Muerte y de la Vida”, la conocida como Casa del Crimen, el Hospital de Sancti Spiritus donde curaban sus heridas los casi 60.000 obreros de la industria pañera, y el río *Clamores*, “alcantarilla inmunda, inmerecidamente llamada arroyo y a la que con razón se apellidó *Clamores* por los que, en tiempos, que por fortuna no son estos, levantarán los estragos causados por sus pestíferas emanaciones y por sus salidas de madre”²³; y, siguiendo su cauce, por el conocido como “Corral de los huesos” hasta la “Casa del Sol” cuyo destino era, por entonces, servir de matadero. Es la zona que pertenece al cemen-

22 V. nota 16.

23 *Ib.*, p. 24.

terio hebreo, en el lugar conocido como “Pinarillo” para recordar las tribulaciones por el acoso a que se sometía a los judíos conversos por parte de sus fanáticos enemigos.

Julián María Otero, en su relato, llega exhausto a la zona noble del Alcázar y de la Catedral y apenas traspasa al lado oriental de la ciudad, la del amanecer y la luz caliente del sol. Traza un itinerario horizontal en el tiempo y en el espacio y apenas le quedan aspiraciones para apetecer más altas miras aunque las entrevé porque elementos encuentra en la ciudad para ello: “Segovia, árboles, torres, hombres. Las raíces en una alcantarilla y la última rama en las nubes: un chopo de Sancti Spiritus o de la Ronda o de Santa Lucía. Los cimientos entre callejas siniestras y en la linterna una estrella: la Catedral. ¡Oh! Si los hombres aquí encerrados, ya que la vulgaridad traba nuestros pasos, alzásemos más altos los pensamientos...”²⁴. Mas la luz fría de la luna parece proyectarse hacia abajo, dejando más sombras que espacios iluminados y eso parece desvanecer cualquier esperanza. Tan solo, levemente, al acercarse al acueducto, símbolo de perennidad, parece ver la palidez proyectarse sobre el granito. Entonces, aparece el encanto pero, finalmente, “no dura más que un instante la realidad del ensueño; pero la impresión no morirá, si el alma es eterna.”²⁵ Es la conclusión, el cierre que invita a la contemplación o al dejamiento de los viejos quietistas. Poco habría de cambiar en esa vieja ciudad por más que el alma sea en verdad eterna.

Decíamos que el relato sobrecoge y seduce como lo hacen las sombras que proyectan los chopos sobre el empedrado cuando la luna atraviesa sus estilizadas figuras. Mas es preciso no quedar rendidos por esta seducción tan hermosa que conduce a un pesimismo individual. Quizá los viajeros que abandonaran la ciudad en el primer tren de la mañana, tras la noche de luna llena, mantuvieran ese ensueño por algunos minutos pero, luego, nuevos paisajes y horizontes abiertos les permitirían otros sueños y, al fin, salir del en-

²⁴ *Ib.*, p. 37.

²⁵ *Ib.*, p. 71.

cantamiento, no del suyo sino de la ciudad-España como por fin consigue el protagonista galdosiano de *El caballero encantado*²⁶ que es capaz de transmutar un carácter debilitado por la abulia en un proyecto esperanzado que no fía todo a la eternidad sino al futuro.

Pero María Zambrano, desde aquella impresión, a medio camino entre la infancia y la juventud pues fue en 1915 cuando ingresó en el Instituto en el que llegaría a enseñar pocos años después Antonio Machado, siguió otro camino. No pudo permanecer en la “estación” como lugar estable que divide el camino y lo fija para siempre al modo chaceliano. No; María Zambrano hizo a partir de entonces de las ciudades su camino, ida y vuelta ciertamente, pero nunca de manera definitiva pues sabemos, por la última de las cartas que dirigió a Mariano Quintanilla, que habría escrito una novela -no encontrada hasta la fecha- hacia 1933, titulada “Después de entonces”. “Son, dice su propia autora, veinticuatro horas y la luz es el hilo que señala y marca todo: a la casa voy tres veces, a mediodía, por la tarde acompañada, y sola de nuevo por la noche, con las luces eléctricas encendidas. El regreso es al alba. Y bien, amigo Quintanilla -concluye- está en varios pasajes claramente mi destino de desterrada, con palabras inequívocas, ciertísimas.”²⁷ Sorprendentes y proféticas palabras de Zambrano que explican por qué solo pudo hacer de la ausencia la realidad o, dicho de otra manera, por qué la ausencia es en su vida la verdadera realidad desde la que escribiera aquel breve relato de 1928, al abandonar la ciudad de Segovia.

La clave habríamos de buscarla en unas palabras de *El hombre y lo divino* (1955), en el epígrafe “Las ruinas”. Allí nos dice lo

26 Esta novela, publicada por Benito Pérez Galdós en 1908, es también un recorrido por las ruinas como expresión de la abulia (referencia a Ganivet) nacional que ha de trocarse en diligencia del ánimo si la educación consigue despertar la voluntad. MORA GARCÍA, J.L., (1993): “Galdós novelista. A propósito de *El caballero encantado* en *Actas del cuarto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos* (1990), I, Cabildo de Las Palmas de Gran Canaria, pp. 731-754

27 V. nota 14. Enviada el 13 de junio de 1964, o. c., p. 213.

siguiente: "...la historia en sus momentos más geniales ha sido más que nada "visión". La visión es una forma de conocimiento en que lo humano, inaccesible, se manifiesta más adecuadamente, y que más que conocimiento objetivo es expresión. Y podríamos sorprender en la "visión" el carácter peculiar del conocimiento que el hombre alcanza a tener de su propia realidad: una especie de revelación que padece al mismo tiempo que realiza. Conocimiento poético en su raíz, aunque esté asistido de la más estricta disciplina, de los métodos más rigurosos de investigación."²⁸ Pues es así, podríamos añadir, cuando el conocimiento es más desinteresado y, por ello, más noble, cuando es... conocimiento verdadero.

Creo que María Zambrano alcanzó ese nivel escribiendo sobre Roma, esa ciudad lo más parecido a la patria que se le negó -como alguien ha afirmado y no recuerdo quién fue-, vivida por ella cuando dobló el camino de sus sesenta años de vida; y Segovia, vieja ciudad también romana, pero vivida por aquella adolescente, apenas joven, que la abandonó con veintidós años. A propósito de Roma escribió un breve artículo bajo el título "Las vísceras de la ciudad"²⁹ y es para esas entrañas para las que pide respeto a quien quiera adentrarse en ellas pues, "al transitarla, podría -se refiere a la ciudad- hacerla temblar y sumergirla", es decir, destruirla. Y ante la idea del tiempo, ese tiempo que constituye su obsesión por ser la función vital y primaria de las cosas, como podemos ver en los *Fragmentos de los Cuadernos del Café Greco* -¿hay algo más temporal que el fragmento y un lugar que invite más a lo fugitivo de la vida que un Café?- no impide, más bien lo contrario, que se aferre a la idea de que el propio tiempo permite algo que le trasciende a ir más allá de él porque -señala- "viene de más lejos que él"³⁰. Y eso que viene de más lejos que el tiempo es la armonía y la unidad que son cosas ciertas "si no se desligan de la cultura uni-

28 ZAMBRANO, M., (2007): *El hombre y lo divino*. Ed. de María Fernanda Santiago, FCE, Madrid, , pp. 229-237

29 V. nota 21, o. c., pp. 174-176.

30 ZAMBRANO, M., *Fragmentos de los Cuadernos del Café Greco*, Instituto Cervantes, Roma, 2004, p. 19.

versal”. Esa es la cualidad que busca en la ciudad, en Roma o en Segovia igualmente, o en París de la que afirma que tiene “unidad orgánica, viviente; una continuidad que se sucede renovándose a través del tiempo”³¹, pues solo, añadirá, “aquello que se mantiene igual a sí mismo puede cambiar tanto.” Creo, por mi parte, que no es el caso de Roma y menos el de Segovia, abandonada más de treinta años antes de escribir de ella pues esta ciudad ha cambiado mucho menos. Fue en ellas donde vivió más años, en dos épocas tan diferenciadas de su vida y, por consiguiente, no es casual que se aferrara tanto a su recuerdo. Pero aun esos recuerdos se refunden en el “Amo mi exilio” de la tercera página de *ABC* de 28 de agosto de 1989, año y medio antes de morir. Cierra así su verdadero testamento intelectual pues aun esas dos ciudades fueron parte de un camino y nunca estación. Cuando la ciudad es camino, decíamos, es ausencia inmediata e inevitablemente. Pero, aun así, no habría propiamente camino sin esos ensanchamientos, sin esos reposos, marcas en el espacio y en el tiempo, que permiten percibir la unidad y dan sostén y estabilidad a la vida humana.

Solo así se explica esa larga utopía dedicada a la ciudad ausente, verdaderamente ausente, que escribió sobre Segovia a comienzos de los años sesenta. “Un lugar de la palabra: Segovia”³², mucho más que los artículos dedicados a esas otras ciudades también ausentes. Quizá fue porque los recuerdos de su infancia dieron unidad a toda su vida –una vida tan fragmentaria en apariencia- o porque recordó que Segovia es una ciudad de eterna aspiración poética a la unidad por ser la expresión permanentemente física de la dualidad. Si son dos los ríos que bordean la ciudad, estos terminan por ser uno, justo donde la ciudad acaba, allí donde acaba la plataforma caliza que ocupa el centro elevado de las dos hondonadas que la circunvalan.

Debió ser una necesidad vital escribir sobre esta ciudad, una exigencia de su propio estado de ánimo, una revelación -palabra

31 V. nota 11, p. 130.

32 V. nota 15, o. c., pp. 163-182.

que tanto gustaba de pronunciar- para recobrar la identificación con el tiempo del sueño creador de la España que llegó a ser para ella la República; y con Machado y con su padre, escuchando a Unamuno en el teatro Juan Bravo, y con los demás intelectuales que hablaron en la Universidad Popular³³. Por eso escribió que la “ciudad es lo que más se acerca a la persona, a ser a modo de una persona o al modo de la persona, en la vida histórica.”³⁴ Y siempre con una proyección universal. Difícil encontrar una ciudad tan universal que se constituya a sí misma sobre el acueducto romano, la catedral gótica y el alcázar medieval -sede de la monarquía católica-, sobre la Casa de la Moneda que se construyera durante el reinado de Felipe II; sobre el Real Colegio de Artillería inaugurado durante el XVIII junto a la Casa de la Química donde trabajara el francés Luis Proust, y toda esa historia “encintada” por una muralla que incorpora el barrio judío donde naciera Andrés Laguna. Para ello deja fuera el cementerio que antes describiera Julián María Otero y camina por el lado este, por el valle de los dioses llamado así por haber albergado hasta doce iglesias, hoy la mitad, entre ellas el monasterio de El Parral, mandado construir por el Marqués de Villena,

33 Ante la importancia de estos nombres ha pasado un poco desapercibida la amistad que María Zambrano tuvo con Mariano Grau, discípulo también de su padre a quien había dedicado un poema con motivo de su marcha de Segovia: “Hacia una aurora. A don Blas J. Zambrano, maestro de la juventud segoviana” (*Heraldo Segoviano*, 26.12.1926). Recogido en MORA GARCÍA, J.L., “María Zambrano en Segovia y Segovia en María Zambrano”, en MORA GARCÍA, J.L. y MORENO YUSTE, J.M., (2005): *Pensamiento y palabra. En recuerdo de María Zambrano (1904-1991)*, Valladolid, Junta de Castilla y León, pp. 279-280. Se conserva una carta de Mariano Grau en la Fundación María Zambrano fechada en Segovia a 4 de febrero de 1962. En ella le da cuenta del envío de fotos de la iglesia de la Vera Cruz y un ejemplar de la revista *Estudios Segovianos*, escrito por Javier Cabello Doderó sobre la Veracruz, “que, indudablemente, le podrá servir para lo que proyecta escribir, ya que es muy completo y actual, pues se escribió y publicó en 1952, poco antes de la muerte de su autor.” Con oda seguridad María Zambrano habría escrito a Mariano Grau pidiéndole estas fotografías para poder documentar su artículo sobre Segovia.

34 *Ib.*, p. 163.

en tiempos de Enrique IV, hermano de Isabel la Católica; la iglesia circular de los templarios y el monasterio que alberga el cuerpo de Juan de la Cruz sobre quien escribiera en plena guerra civil. Por este lado de la ciudad se extienden los que llama barrios-islas con su unidad propia, fuera “propiamente” de la ciudad como quedaban los campesinos en tiempos de La Corte pero unidos a ella pues a ella servían y alimentaban. Hablamos del barrio de los hortelanos y del barrio de los panaderos.

Y al recordar así a la ciudad castellana, allá en Roma con las noticias que le llevaban desde España algunos amigos o, a través del correo, las largas cartas escritas y recibidas, debió romper con la impresión de aquella lectura de adolescencia que mencionamos antes, para reconstruir ahora la ciudad a la luz dorada del sol frente al contraluz del granito de la montaña que separa las dos mesetas de Castilla. Solo así era posible comprender la ciudad fuera de su aislamiento histórico, sensación producida por las sombras nocturnas que la luz de la luna no solo no superaba sino que incluso venía a reforzarlas; y contemplarla ahora -aunque fuera en su increíble memoria- en toda su extensión y no por eso teniendo que renunciar a los mil y un detalles y formas plurales que la constituyen.

Esa ciudad humana, construida en armonía con el cosmos, reunía los elementos que la naturaleza aporta al ser humano para que se alce, se purifique y se comunique. De la primera función se encarga la luz, de la segunda el agua y de la tercera el habla. Y los tres elementos tienen que darse de tal manera que conformen una unidad, que construyan una manera de ser inserta en el espacio y en el tiempo, es decir, en el paisaje y en la historia.

Ciertamente, la luz tiene que alzarse a la distancia justa y no aplastarla y esto lo afirma con tanta rotundidad porque así puede contemplarse en una noche estrellada, de invierno, cuando la atmósfera está absolutamente limpia, frente a la sierra de “La mujer muerta” llamada así por tener esta forma y ser conocida con este nombre por los lugareños. “No cae -dice Zambrano- la luz en Segovia: la ciudad toda se alza hasta ella, la alcanza en su creci-

miento hasta llegar al nivel en que esa luz se da.”³⁵ Y pone como ejemplos de otras formas de comportamiento de la luz a Cuenca pues parece abrazarse en ella, a Toledo que parece perseguirla y a Granada en la cual parece desleírse. Ello conforma otras morfologías, otros paisajes, otra ciudad en definitiva.

Mas cada ciudad es una individualidad, a diferencia del Estado moderno que no solo carece de rostro sino que homogeneiza porque la igualdad exigió renunciar a ciertas diferencias. Precisamente es este uno de los problemas que abordamos en nuestro tiempo de globalización, sí, pero de recuperación de la identidad diferenciada también. De cómo resolvamos esta contradicción dependerá en parte nuestro futuro. De ahí la importancia de volver la mirada a la ciudad y no perder el rostro humano de la misma, pues si la homogeneización ha mostrado síntomas de agotamiento, acecha el riesgo de implantación de identidades excluyentes y opuestas, peor aún, confrontadas.

La claridad de la luz proporciona unidad sin cierre, sin clausura, recoge pero no aprisiona, permite respirar y permite, también, vivir al diferente como le hubiera gustado hubiera sucedido con Giordano Bruno. Cualquier otra forma hace inviable la vida misma: “Y otras en que no permite a lo vivo esa función tan esencial que es respirar, negando así la posibilidad del orden: ese fruto de la unidad cristalina, viva y comunicante.”³⁶ Bastaría recordar testimonios de sus artículos sobre “La agonía de Europa” para precisar bien cuál es la trascendencia de estas afirmaciones de Zambrano.

El agua en la ciudad de Segovia “se conduce de una singular manera”, ordena a la ciudad misma alineando los edificios y no solo a ellos, a los álamos y a los puntiagudos chopos en forma tal que edificios de la ciudad y árboles de la alameda forman el continuo que el dibujante trazó de una sola vez y sin levantar el lápiz del papel para mostrar que pertenecen a la misma unidad, al mismo orden. Para ello es necesaria la precisión en la cantidad de

³⁵ *Ib.*, p. 165.

³⁶ *Ib.*, pp. 166-167.

agua que corre, que no sea poca y la ciudad padezca por su carencia pero tampoco tanta que arriesgue con desbordarse. Por eso, dice Zambrano, “todo ello viene en los dos ríos que más que rodear delimitan, definen la ciudad, corriendo por cauces de modo y significado muy diferente, en dos vertientes que vienen a ser como dos aspectos esenciales de una misma historia; dos dimensiones -inevitable siempre la dualidad en lo humano- de una historia y su misterio.”³⁷

Y si Julián María Otero recorrió la ciudad desde el arroyo Clamores, el que recoge los detritus de la ciudad, Zambrano lo hace por la ribera del Eresma que remansa en su propio valle, el de los templos. Templos que se reflejan en sus aguas, alineándose en fila desde la iglesia de San Lorenzo que celebra su fiesta el día más caluroso del año hasta el monasterio de los Carmelitas y la iglesia donde se ofrece el culto a la patrona de la ciudad, llamada, precisamente, de la Fuencisla. Esta armonía es reflejo de lo mejor de su historia y eso para Zambrano es lo más importante, pues “rara vez se respira bien, especialmente en la historia. Está por lograrse -añade- una historia plenamente respirable; allí, en aquel lugar, se siente que estuvo a punto de serlo...” “si los procesos históricos no fuesen interrumpidos en su punto mejor, en ese momento en que las historia se aclara y deja ver un fondo de légamo, sembrado de piedras blancas...” Desde allí puede verse, en lo alto, el Alcázar y la iglesia de la Vera Cruz... símbolos históricos de poder, de dominio, de poderío y de vasallaje que, sin embargo, observaban cómo los ciudadanos comían el pan siempre en compañía y, por eso, llega a pensar Zambrano, que ese poder no consiguió deshumanizar; más aún, que era agente de humanización. Es lo que tiene mirar a lo alto desde abajo, pues el pan se hacía y se comía en el valle, en la alameda, allí donde se reunían las gentes del pueblo. Visto desde arriba el alcázar da sensación de aplastar, de dominar y su gran torre es un panóptico desde donde parece se pueda avistar Castilla entera. Rompe así la armonía al so-

³⁷ *Ib.*

bresalir demasiado, dejarse ver tanto y mostrar su poder. Mas, desde abajo, su inmenso volumen se recorta y muestra su dependencia de aquellas heredades, del humilde río y de las humildes gentes que pueden enorgullecerse de poder compararlo con los chopos que la Naturaleza creó y no el poder del hombre. Desde ahí puede contemplarse la vida en fuentes cuya agua es encauzada para producir un sonido tenue, apenas perceptible al lado del río y del viento y de los pajarillos. Agua que purifica y corre hacia el gran río y hacia el mar y por ahí la ciudad se abre a otros paisajes por donde discurren otras gentes. Así los grandes edificios se suavizan y no asustan. Por eso, decía Zambrano, eran símbolo de la presencia del hombre, de la humanización. Y por eso mismo apenas se asoma al otro valle pues en él creyó ver las resonancias de la historia que recordaban el sacrificio, la humillación, la Razón de Estado, los rechazos en nombre de la pureza de fe o de la sangre y todo ello lo identifica con “la impotencia de la ciudad, de la civilización”, con los pecados que el poder ha cometido contra la ciudad. Ahí la luz se ennegrece. Quizá, por eso, hizo bien, después todo, Julián María Otero al contemplar esta parte de la ciudad de noche y a la luz de la luna. Pero María Zambrano apenas se atreve y pasa de puntillas, sin olvido pues ahí se sepulta la palabra y hasta se la condena. Fueron unas palabras contra otras. Unas palabras condenaron a otras. Pero ella necesita de estas palabras porque no hay ciudad sin palabras pero palabras nacidas, no inventadas y ni siquiera propiamente aprendidas, sino pronunciadas sin más. Es el momento de la gente, del pueblo cuya presencia consiste en hablar y hablar. Construir una ciudad de palabras habladas. Ya vendrán los poetas que las ensalcen, pero primero han de ser dichas aunque sea con *regomello*, pues con esta expresión castiza de Andalucía que significa sensación de molestia física, le reconocía a Quintanilla poco después de escritas estas páginas, que sentía no haber hablado de aquella parte de Segovia”. Y, por eso, porque debe escribirse también sobre lo molesto si se quiere ser fiel a la historia, terminó por hacerlo aunque fuera con mayor brevedad que sobre la “otra” parte, aquella donde los dioses debieron sentirse mejor.

Segovia, pues, lugar de la palabra, de la palabra dicha, entonada, hablada. Palabra de las gentes que enhebran su vida en las esquinas, protegiéndose del frío viento, hablando de esto y aquello como diría Unamuno. Es el habla castellana que lo ha sido así, antes que idioma o escritura. “Por eso -concluye María Zambrano- sería de temblar y más aún, si allá en la fuente, en los lugares donde la fuente mana, se hubiera perdido el habla, aunque siguiera corriente espléndida, en los lugares donde llegara un día su caudal.”³⁸

Utopía de ciudad, ciudad real en su recuerdo. Si es preciso seguir pronunciando palabras allí donde pareció pararse la historia - esta meditación fue escrita desde su exilio en Roma, recordábamos como ella dice al final de esas páginas de “Un luogo della parola: Segovia”³⁹; será porque la historia puede, más aún, tiene que recuperarse desde su punto mejor. Esta es la razón por la cual realizó este viaje simbólico que hizo en su recuerdo -mucho debió costarle- hasta reconstruir, primero en su mente y luego en el papel, aquella ciudad misteriosa donde vivió de niña y de la que un burócrata escribió en 1967 que María Zambrano “se había desarraigado”. Fue con motivo de poner nombre al Instituto de Enseñanza Media en el que estudió y que con justicia se dedicó a Mariano Quintanilla. No fue desarraigo, fue sencillamente exilio. Mas fueron esas palabras de condena un mal recuerdo de aquellas que, en tiempos históricos, se dedicaban a quienes se suponía no tenían la suficiente pureza de sangre para ser dignos de la ciudad. Aparentemente habría triunfado así aquella parte de la ciudad de la que Zambrano apenas quiso hablar por ser el lugar de la condena.

Pero María Zambrano se había encargado tres o cuatro años antes de recuperar aquella ciudad ausente como utopía de ciudad, es decir, como ciudad donde nos es dado respirar y eso solo

³⁸ *Ib.*, p. 182

³⁹ Esta edición ha sido recuperada en versión castellana por MARTÍN, F. J: (2008): *España. Pensamiento, poesía y una ciudad*, Biblioteca Nueva, Madrid.

se consigue recuperando, efectivamente, aquel momento de la historia que alcanzó su punto mejor. Era preciso, por ello, comenzar el viaje por el lugar de los hortelanos, del pan compartido y del recuerdo a San Juan de La Cruz, incluso por aquel lugar donde se había presentado el 14 de febrero de 1931 la Agrupación al servicio de la República con el apoyo de un discípulo de su padre, Norberto Hernanz. Pero, más aún debía estar pensando en un tiempo mucho más lejano aún, aquel del viejo erasmismo que fue luego refugio de disidentes para luego acordarse de ese otro más próximo en que veía a su padre con Antonio Machado y las demás personas de la tertulia que, sencillamente, como dice de su madre, amanecían cada día y lo hacían para enseñar a mirar, lo que siempre reconoció que aprendió de su padre.

Entendido así este relato breve y fuerte fue una utopía, no por realizar sino ya vivida, pues como le dice también a Quintanilla, recordándole lo que sentía al escribir estas páginas, “creo que estuve allí como nunca, pues, que estuve de vuelta”. De esta manera la ciudad ausente adquiriría de nuevo vida, y ya no solo para quien así escribía sino para todos aquellos que quisieran participar de la palabra y de su poder creador, perdurable. Si en 1933 decía profetizar su exilio, ahora profetizaba su regreso. Casi con seguridad ya no pudo hacerlo a Segovia, ciudad física entre los dos ríos, pero sí a aquella otra de la cual, en verdad, nunca se había ido. Y con ello, en 1984, la ciudad ausente se hizo ciudad verdadera. Fue un viaje largo y tortuoso el recorrido entre la presencia, la ausencia y la presencia recobrada de la ciudad de la infancia. Al final no pudo prescindir, por un tiempo, de aquel lado donde la condena se hizo fuerte pero pudo, por fin, recuperar un sitio en aquel otro donde moraban los dioses. Es el lugar de la palabra... que se habla y que, por ello, necesita de gente hablada. No quiere esto decir que hablen mucho; es otra cosa. Quiere decir que son capaces de crear palabras que se ajusten a la realidad. El refrán decía: “al pan, pan; y al vino, vino” y eso significaba que no se perdona la falsedad ni el poder que asfixia y no deja respirar. Es la utopía de la ciudad ausente.